

Contra la Corriente

PUBLICACION DEL GRUPO ESPAÑOL EN MEXICO DE LA IV INTERNACIONAL

NUMERO ESPECIAL

DEDICADO A OCTUBRE DE 1934

SUMARIO

¡Octubre!	Pag. 1
"U.H.P."	" 2
Octubre Rojo en el proceso de la Revolución española, por G. MUNIS..	" 5
Les Juventudes Socialistas y Octu- bre de 1934, por Joan SEN.....	" 14

Octubre-1943

Pedidos y correspondencia:
Apartado 8942. - MEXICO D.F.

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS!

Y E S

Pa
kis
ha
ce
de
er
ra

31 OCTUBRE !!

Octubre de 1934, fecha roja en el almanaque proletario, no puede ser recordado por quienes en esta jornada y en las sucesivas traicionaron su espíritu. Su aniversario, no admite la mitificación de torcidas interpretaciones. Lo sucedido, fué obra y gracia de la clase trabajadora, -- que una vez mas, con carne de su propia carne, abonó el camino hacia el socialismo.

¡Callen! los que en la lucha no aportaron otra cosa que indiferencia y cobardía. ¡No griten su recuerdo! Los que en los hechos no vieron mas que un trampolín para ganar de nuevo la confianza de la burguesía y, los que hoy tratan engañosamente de presentarlo como un gesto pro salvación de la República.

Los que murieron, los que fueron encarcelados y torturados y hoy siguen viviendo fieles a sí mismos y a la clase obrera, niegan esas falsas interpretaciones de Octubre a que obliga una política traidora de -- compromisos nacionales e internacionales con el enemigo de clase.

Octubre, para los obreros de Asturias, Barcelona, Madrid y el resto de España, fué rojo. Sus vanguardias de lucha no admitieron mas que la UNIÓN DE HERMANOS PROLETARIOS. Su instinto, les anunciaba el peligro de la cobardía de intereses en el combate. El triunfo, no el que temían -- direcciones políticas, el que la voluntad de las masas quería alcanzar, no significaba la "sagrada unión nacional", ni la "armonización de intereses de clase en beneficio de la patria", sino el de la dictadura del proletariado, el del socialismo.

Hoy, cuando de las avanzadas de la lucha revolucionaria han desertado todos, stalinistas, socialistas de izquierda, poumistas, etc.; cuando la única voz que se alza en defensa de los explotados, sin distinción de nacionalidad ni de "frente", es la de la IV INTERNACIONAL, nosotros, grupo español en México, somos los únicos que al pronunciar ¡ OCTUBRE! mentimos.

EN NUESTRO RECUERDO A LA JORNADA DE LUCHA, VA PRENDIDO, AHINCADO, EL CAMINO HACIA EL SOCIALISMO. HOY, MAÑANA Y SIEMPRE, PARA QUE UN PROXIMO OCTUBRE, DESPEJE A LA CLASE TRABAJADORA EL CAMINO HACIA EL SOCIALISMO.

¡¡ O C T U B R E !!

Octubre de 1934, fecha roja en el almanaque proletario, no puede ser recordado por quienes en esta jornada y en las sucesivas traicionaron su espíritu. Su aniversario, no admite la nirtificación de torcidas interpretaciones. Lo sucedido, fué obra y gracia de la clase trabajadora, -- que una vez mas, con carne de su propia carne, abonó el camino hacia el socialismo.

¡Callen! los que en la lucha no aportaron otra cosa que indiferencia o cobardía. ¡No griten su recuerdo! los que en los hechos no vieron mas que un trampolín para ganar de nuevo la confianza de la burguesía y, los que hoy tratan engañosamente de presentarlo como un gesto pro salvación de la República.

Los que murieron, los que fueron encarcelados y torturados y hoy siguen viviendo fieles a sí mismos y a la clase obrera, niegan esas falsas interpretaciones de Octubre a que obliga una política traidora de -- compromisos nacionales e internacionales con el enemigo de clase.

Octubre, para los obreros de Asturias, Barcelona, Madrid y el resto de España, fué rojo. Sus vanguardias de lucha no admitieron mas que la traición de HERMANOS PROLETARIOS. Su instinto, les anunciaba el peligro de la bastardía de intereses en el combate. El triunfo, no el que temían -- las direcciones políticas, el que la voluntad de las masas quería alcanzar, no significaba la "sagrada unión nacional", ni la "armonización de los intereses de clase en beneficio de la patria", sino el de la dictadura del proletariado, el del socialismo.

Hoy, cuando de las avanzadas de la lucha revolucionaria han desertado todos, stalinistas, socialistas de izquierda, pousistas, etc.; cuando la única voz que se alza en defensa de los explotados, sin distinción de nacionalidad ni de "frente", es la de la IV INTERNACIONAL, nosotros, grupo español en México, somos los únicos que al pronunciar ¡ OCTUBRE! mentimos.

EN NUESTRO RECUERDO A LA JORNADA DE LUCHA, VA PRENDIDO, AHINCADO, EL PROPOSITO DE SER FIELES AL MARXISMO-LENINISMO, HOY, MAÑANA Y SIEMPRE, PARA QUE UN PROXIMO OCTUBRE, DESPEJE A LA CLASE TRABAJADORA EL CAMINO HACIA EL SOCIALISMO.

¡ U H P !

(UNION DE HERMANOS PROLETARIOS)

¡U.H.P., U.H.P.! De la entraña de la montaña subió el grito esperanzador. Inundó el aire todo de Asturias, lo repitieron a pleno pulmón los hermanos proletarios en medio del combate, sonó triunfante en las explosiones de la dinamita lanzada sobre los cuarteles de la Guardia civil, se escribió en los tanques rudimentarios construidos precipitadamente y la sangre de la represión reaccionaria marcó impercederamente el suelo asturiano: U.H.P. El eco de las montañas heridas repercutió en los cuatro confines de España: ¡U.H.P., U.H.P.! Los hermanos proletarios fueron aplastados una, otra vez durante la guerra civil; pero desde el fondo de la España oprimida, vencida, no rendida, se eleva aun, grave, jadeante, amenazador, el grito revolucionario de Asturias: ¡U.H.P., U.H.P.!

Amenaza que terminará aniquilando a las clases reaccionarias hoy boyantes y a su auxiliares de la izquierda, responsables del U.H.P. no sea una realidad consolidada en España. U.H.P. representa una gran afirmación de la revolución socialista y solo de la revolución socialista. Sus traidores, stalinistas y socialistas, son enemigos de la Unión de Hermanos Proletarios, que sólo asechanzas pueden depararle. El anarquismo y el P.O.U.M., comprometidos por complicidad con aquellos, no podrán recuperar el derecho a enarbolar el grito de Octubre sino por la mas implacable lucha contra la colaboración de clases.

U.H.P. fué la realización espontanea de las palabras del Manifiesto Comunista: "La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos". La inmensa mayoría de los obreros sublevados en Asturias, ignoraban el Manifiesto Comunista y las razones que llevarán a Marx y Engels a su conclusión. Pero las teorías no valen un pepino si no son arrancadas de la realidad material, es decir, si no interpretan conscientemente el mundo exterior. Una teoría socialógica carente de esa condición, a revelarse falsa, traba la marcha revolucionaria. Por el contrario, la teoría justamente deducida de los acontecimientos, coincidiendo con la marcha espontanea y necesaria de los acontecimientos, es un poderoso auxiliar del triunfo revolucionario; permite conciliar libertad y necesidad. Porque la necesidad de la sociedad moderna es la socialización de los elementos de producción; su realización es la libertad social, política. Ahora bien, este fin puede ser logrado únicamente por el proletariado aliado a los campesinos pobres: es la revolución. Quienes se oponen a ella van contra la necesidad social y por consecuencia se cubren con la misma palabra libertad, abstractamente empleada. El proletariado debe tenerlo presente: no hay libertad sin revolución social. Quienes se oponen a ella como perspectiva de hoy, como salida inmediata a la que se subordina la táctica de lucha de los explotados, son adversarios velados de la libertad, reaccionarios porque van al encuentro de las necesidades históricas.

El U.H.P. asturiano unió a todos los proletarios sin distinción de tendencias, en contra del común enemigo burgués. Esta condición hizo posible la lucha, le dió su heorismo reconocido incluso por el enemigo, determinó la tendencia innegablemente socialista del alzamiento. Fué la materialización del frente único de clase, primera condición del tri-

unfo revolucionario. "La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos". Apenas la lucha revolucionaria toma un cariz directo y violento contra la burguesía, la afirmación del Manifiesto Comunista aparece en toda su inmensa veracidad y la revolución empieza a ser un hecho. Porque el frente único de clase no se produjo en Asturias sino con el estallido que hizo saltar las trabas burocráticas de los dirigentes. Así fué ratificada en Asturias la teoría marxista. Lo probaron las luchas de los mineros, las explosiones del combate, la derrota misma y los ecos de las montañas heridas, repitiendo de pico en pico, quejumbrosa y afirmativamente : ¡U.H.P.¡ U.H.P.¡

La sencilla y cálida fraternidad del U.H.P. astur, no es una exclamación sentimental, o, al menos, no lo es en el sentido peyorativo de la sentimentalidad. Para Marx, la idea, fundamentalmente la idea crítica contra las condiciones sociales, "no es una pasión cerebral; es el cerebro de la pasión". El cerebro de la pasión revolucionaria, llevó a los fundadores del internacionalismo proletario, a formular la idea acabada de un nuevo horizonte social : "La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos". Idéntica idea campea, inacabada, en las iniciales U.H.P. La mas incontestable de las críticas, contra las condiciones sociales existentes, la crítica de las armas, parió, entre gritos de alegría y llanto, de victoria y de derrota, esas tres letras. La realización práctica de la idea, como la idea misma, quedó inacabada, cortada en su desenvolvimiento por el fracaso de la insurrección. La idea revolucionaria no puede, no tiene otra forma de realizarse que haciéndose revolución. Durante la guerra civil, el U.H.P., rodando de fábrica en fábrica, de pueblo en pueblo, desplegó un esfuerzo gigantesco para completarse, como únicamente es posible completarlo : terminando con su antípoda, el capitalismo. Los mismos que en 1934 acorralaron la insurrección en Asturias, ya engrasados, y aun precedidos por los "comunistas", ahogaron el nuevo intento durante 1936 y 1937, con lo que desbrozaron el camino al sicario Franco. El grito, ¡U.H.P.!, ha quedado atravesado en la garganta gemiente del proletariado. Símbolo de la lucha de clase contra clase, arrancado letra a letra de la experiencia y los dolores de la revolución española, no puede morir mientras no desaparezca la mas remota posibilidad de victoria del socialismo.

U.H.P. es un terrible índice acusador apuntado a quienes reniegan el principio : clase contra clase. Ellos han pretendido desviar esas tres iniciales en un sentido puramente sentimental, exteriormente demagógico. De la Unión de Hermanos Proletarios han deducido el conformismo a las actuales organizaciones proletarias, sonetidas, a través de sus dirigentes, a la sociedad capitalista. El grito surgido de la crítica de las armas se convierte así en un elemento de mansedumbre, no-crítico, antirrevolucionario. Han hecho, de la unión proletaria contra el capitalismo, la unión con la burguesía bajo el capitalismo; de un elemento revolucionario, otro apaciguador, contrarrevolucionario. Explotan la palabra unidad en forma abstracta, vaciándola de su sentido de clase. U.H.P. se esgrimió contra la burguesía; stalinistas y socialistas procuran ponerlo al servicio de la burguesía. De lo que es, en su expresión máxima, insurrección armada, han hecho rendición de armas del proletariado ante la unión sagrada con los capitalistas. El desprecio del proletariado debe abatirse sobre esas gentes.

Pero, ni el proletariado en general, ni los revolucionarios en particular, permitirán que los fariseos conduzcan nuevamente el movimiento revolucionario a una derrata. U.H.P., la insignia de Octubre rojo y de Julio socialista, preside e inicia toda acción revolucionaria. Quien teme a la unidad de clase tiene los objetivos de clase y por lo tanto es opuesto a ellos. El Partido mal llamado comunista propugna la unidad nacional; el Partido no mejor llamado socialista, también, aunque hasta ahora no se avenga con el primero. Así falsifican el sentido de la unidad. Su unidad no es la Unión de Hermanos Proletarios de Octubre y Julio; es la "unión" de los insurrectos de Octubre con la soldadesca y el gobierno -- que los aplastó, la "unión" de los vencedores de Atarazanas, La Montaña, etc. etc., con los militares sublevados. Pero esa clase de unión adquiere su expresión perfecta en los asesinatos y la represión de Asturias, -- generalizada y hecha permanente por Franco. El desarrollo de la unidad preconizada por stalinistas y socialistas, al parecer en divergencia, en realidad desde distintos ángulos de una misma finalidad colaboracionista, conduce, invariablemente, a un triunfo ulterior de la contrarrevolución. Pero, aparte stalinistas y socialistas hay también los anarquistas, que parecen haber perdido definitivamente la vena revolucionaria, aunque elemental, de sus antecesores. Tampoco ellos son hoy fieles a la unidad nacional U.H.P., porque no se han opuesto decididamente a la unidad nacional patrocinada por aquellos. Ellos mismos pisan, en parte, terreno colaboracionista, con el Pacto U.G.T.-C.N.T., que deja en la sombra cuanto puede caracterizar una lucha de clase contra clase. La C.N.T. misma parece no estar por la unidad nacional, pero la U.G.T. sí. Establecer un Pacto con esta sin rechazar terminantemente toda responsabilidad por su política anti-proletaria, es hacerse cómplice de ella. Eso hay que reprochar a la C.N.T., eso deben combatir en su seno los militantes.

El proletariado español ha pagado ya un elevadísimo precio las frases burguesas sobre la unidad en general. Debe distinguir entre la unidad con la burguesía y la unidad contra la burguesía; de lo contrario, en el próximo período revolucionario será triturado para una larguísima época, si nó definitivamente. Toda unidad que no pueda definirse clara, terminantemente, como unidad de clase contra clase, es traiciona la insignia de Octubre y de la guerra civil. La España proletaria y campesina, llagada, sangrante, jadea su venganza: ¡U.H.P., U.H.P.! Mientras tanto, los despreciables sacamuelas stalinistas y socialistas repiten en todos los tonos: ¡Unidad, unidad!, y se aprestan a hacerla en torno a la propiedad privada. Y la C.N.T. juega al equívoco, se abstiene de combatir la colaboración de clase, y pacta ella misma un acuerdo en el que el principio de clase contra clase es relegado a la sombra.

Basta ya de péfidas especulaciones en torno a la palabra unidad! La única unidad positiva y revolucionaria es la sentada por Octubre y -- generalizada durante los primeros meses de la guerra civil. Unidad de clase contra clase; armaniento del proletariado, desarme de la burguesía; expropiación del capitalismo, propiedad socialista. ¡U.H.P., U.H.P.! --- "La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos". El U.H.P. astur resonará de nuevo de pico en pico, de fábrica en fábrica, de pueblo en pueblo. A su conjuro se alzarán las masas españolas en pos de la revolución socialista. Y aplastarán no solamente a la burguesía, sino también, cosa indispensable, a los falsificadores de la unidad proletaria. El desprecio de los obreros españoles caerá sobre -- quienes traicionan el grito ahogado en su garganta por Franco: ¡U.H.P., U.H.P. Hasta ahora sólo el Grupo español en México de la IV Internacional mantiene en alto las letras de Octubre.

que negaba hipócritamente el carácter socialista de la revolución. Prácticamente, el partido stalinista se cortaba toda posibilidad de aproximación a las masas por un sectarismo exacerbado obediente a la "línea" de Moscú. Cuantos han vivido aquellos días recuerdan el trato ultimátista que daba a las masas agrupadas en las organizaciones socialistas y anarquistas. "Social-fascistas", "anarcofascistas", con quienes era imposible establecer un frente único de lucha de organización a organización. Tanto los dirigentes reformistas como los anarquistas pudieron escapar así a la prueba de fuego que significa el frente único de lucha contra la reacción. Y las masas, en lugar de evolucionar hacia la izquierda, como lo permitía su decepción de la república burguesa, quedaron estancadas y a merced de los mismos líderes socialistas que propiciaron su decepción. La radicalización que no pudo producirse por la acción de comunistas y anarquistas, demasiado sectarios, hubo de encontrar una válvula de escape en la social-democracia misma. En Austria se precipitaba a ello. Hitler acababa de subir al poder. En Francia y España surgían asimismo una rápida evolución hacia el fascismo. En Francia y España surgían aspirantes a "Führer". En la Europa central y balcánica, la reacción filofascista cundía. La social-democracia, que veía escapársele los puestos y canongías de que disfrutaba por su tradicional sumisión al capitalismo, sintió necesidad de defenderlos. Necesitó recurrir a las masas con un lenguaje radicalizante, aunque en el fondo totalmente exento de propósitos revolucionarios. Trataba solamente de impedir la desaparición de la democracia capitalista de la cual los dirigentes reformistas eran colaboradores y funcionarios cómodamente retribuidos. En toda Europa, la II Internacional fué sacudida por esta necesidad de defenderse. A la situación internacional se añadía la particular de España, donde la reacción filofascista ganaba terreno y los socialistas estaban en peligro de ser definitivamente despedidos. Miel sobre hojuelas. El esfuerzo de lucha de la social-democracia tenía que ser mayor en España por ser más directo el peligro. Así sucedió, en efecto.

Convirtiéndose en exponente de la defensa, Largo Caballero llegó a hablar de la superación de la democracia burguesa y de la necesidad de instaurar la dictadura del proletariado. El eco formidable que suscitaron las palabras de Caballero, prueba hasta que punto el proletariado y los campesinos, sufrida la experiencia de la república, estaban maduros para llevar adelante su ofensiva por la revolución socialista. La necesidad histórica existía; incapaces de aprovecharla comunistas y anarquistas, irrumpió, como una catarata contenida, por la brecha de la relumbrosa radicalización socialista. Cierto que para ésta no se trataba de un movimiento real por la revolución proletaria; su máximo alcance era obligar nuevamente a la burguesía a admitir la colaboración socialista. Para las masas, sin embargo, lo que contaba era la promesa de revolución social. Apenas vieron ante sí una perspectiva de lucha por algo mejor que la democracia burguesa, su laxitud desapareció casi de la noche a la mañana. No se debía, en realidad, sino a la incapacidad de todas las direcciones obreras para orientarlas a la lucha.

El bloque electoral de la derecha filofascista, ayuntada a los republicanos "históricos" de Lerroux-Martínez Barrio, logró, gracias a la Ley elector 1 votada por los socialistas, la mayoría de la nueva cámara en noviembre de 1933. Pero el movimiento de masas creció vertiginosamente auxiliado por un cúmulo de declaraciones radicalizantes del Partido socialista y de su juventud. En el Parlamento, la minoría socialista, por boca de Indalecio Prieto, se comprometía "a desencadenar la revolución".

Algunos alijos de armas descubiertos por la policía aumentaron los temores de la burguesía, asustada por el grandioso resurgir revolucionario, pero confiante en que el miedo del propio Partido socialista a la revolución resolvería todo en humo de paja.

La reacción acertaba. Las masas eran un peligro, pero no había mucho que tener del reformismo. Apenas reavivada la clase obrera y los campesinos, el Partido socialista comenzó a poner frenos a sus movimientos, tratándose de reivindicaciones puramente económicas o políticas. Forzado a dar ciertas apariencias a su marcha revolucionaria, el Partido socialista aceptó contactos con otras organizaciones obreras, a lo que se había negado sistemáticamente antes. Pero estos contactos estuvieron muy lejos de representar un frente único de lucha. Las Alianzas obreras, organismos resultantes de ellos, redujéronse a pequeños comités de enlace con una mayoría socialista inalterable, dada su composición burocrática, y por lo mismo separados totalmente de las masas. En una declaración pública, Largo Caballero hizo referencia a las Alianzas diciendo que su misión histórica "puede ser tan importante, cunado menos, como la de otros organismos en otro país". En la práctica cotidiana, los representantes socialistas en las Alianzas dedicaban todo su empeño burocrático a impedir que se convirtiesen en soviets u órganos de poder obrero, a los que tan esotéricamente aludió Caballero.

Se recordará que a las Alianzas se había negado a pertenecer el stalinismo y el anarquismo. Este último llegó a formar parte de ellas únicamente en Asturias. La Alianza de Madrid estaba constituida por representantes socialistas (partido, juventud y U.G.T.), un representante de la Izquierda comunista y otro del Partido sindicalista. Mas tarde, la Federación Tabaguera (autónoma), envió su representante. Debido a la desproporción numérica entre las organizaciones socialistas y las otras, la U.G.T. y el Partido disponían de dos representantes cada una, y uno solamente las organizaciones no socialistas. Contando el representante de la juventud, el máximo de variación que la votación sobre cualquier problema podía dar, era cinco votos socialistas contra dos, o tres al adherirse el sindicato tabaquero. De hecho, los delegados de la Izquierda comunista y del Partido sindicalista eran prisioneros de los socialistas. Representados éstos por burócratas reformistas perfectamente petrificados, de la categoría de Manuel Albar y Henche, todos los razonamientos sobre conveniencias revolucionarias se estrellaban contra su estrechez peculiar. Por medio de su representante madrileño, la Izquierda comunista se esforzó en sacar las Alianzas del estado comatoso a que deliberadamente las reducían los socialistas. Quiso convertirlas en organismos que tomaran la dirección de las luchas de masas contra la reacción y darles una estructura democrática susceptible de llevar a ellas representantes directamente elegidos por obreros y campesinos. No existía otra manera positiva de transformarlas en órganos de poder, ni tampoco de desarrollar la ofensiva de masas, cual requería indispensablemente el éxito de la española y la pared a stalinistas y anarquistas, obstinados en rechazar el frente único. Movilizando a las Alianzas, se hubiesen visto obligados a dar adhesión o desprestigiarse. La mayoría de la base anarcosindicalista estaba por el frente único. Pero el muro burocrático socialista rechazaba invariablemente todas las iniciativas en ese sentido, provenientes la mayoría de ellas de la Izquierda comunista.

Y
E
S

Pa
ris
ha
ce
de
era
ra

En realidad los socialistas no querían ni órganos de poder obrero ni movimiento ofensivo de masas. Sus deseos parecían perfectamente satisfechos con la tensión política existente. Ponían a contribución toda su fuerza orgánica y su capacidad de argumentación para trabar las luchas obreras y campesinas. A tal efecto inventaron una teoría de la insurrección digna del premio Nobel de la estupidez. "Nada de movimientos parciales", nada de "gasto de energía"; las huelgas, las demostraciones, son inútiles, perjudiciales. Todo el mundo a callar, obedecer y aguardar a que los novísimos estrategas socialistas den la orden de insurrección. El conspiracionismo utópico y romántico del siglo XIX encontraba en los socialistas radicalizados dirigentes una grotesca caricatura. Armados de este argumento, con sus aires de conspiradores de calavera y puñal, los socialistas impidieron crecer al movimiento de masas, sabotearon y llevaron a la pérdida huelgas de triunfo fácil e importante para el porvenir del movimiento, produciendo en las masas desconfianza e incluso desaliento y rompiendo el equilibrio revolucionario entre el campo y la ciudad. Para ilustrar lo funesto de la táctica socialista --en realidad cálculo político perfectamente medido--, me referiré rápidamente a la principal de las huelgas saboteadas y perdidas: la huelga campesina de Julio (1934).

Consciente o inconscientemente, la Federación de Trabajadores de la Tierra había elegido para declarar la el mejor momento, tanto considerado desde el punto de vista económico como político. Los apremios de la huelga permitía escasa resistencia a los patronos; la tensión y capacidad de lucha entre los jornaleros había llegado a su punto álgido; el campo no podía esperar sin batirse en retirada ante los patronos y sufrir la desorganización consecuente. Políticamente la ocasión era también la más propicia. La reacción gilroblista había sido vista obligada a dar un paso atrás, a resultas de la huelga política contra la manifestación fascista de El Escorial (abril). El propio Gabinete Lerroux fué dimitido y substituido por el de Samper, prototipo de gobierno débil, destinado a desaparecer rápidamente por la izquierda o por la derecha, según el movimiento obrero se mostrase más fuerte o más débil. Tras el gobierno Samper solo cabía el paso a otro gobierno fuerte con representantes directos de la mayoría reaccionaria de la Cámara, o la disolución de ésta y convocatoria a nuevas elecciones, lo que hubiese supuesto una derrota formidable para la reacción, dejando el camino libre de obstáculos para desenvolver el movimiento revolucionario hasta la dualidad de poderes.

Al rededor de cienmil trabajadores de la tierra holgaron desde el primer día de la declaración del movimiento. El Gobierno mandó a combatirlos millares de guardias previamente concentrados en las zonas agrícolas. La huelga iba a ser un fracaso cierto sin la solidaridad del proletariado urbano. Dejando derrotar a los campesinos, las ciudades quedarían aisladas, privadas de su poderoso apoyo para los movimientos revolucionarios posteriores. Aunque la huelga campesina hubiese sido totalmente inoportuna, lo que estaba muy lejos de ser, el proletariado tenía que apoyarla con huelgas de solidaridad para reducir las proporciones de la derrota y que los campesinos no se sintieran abandonados y traicionados. Era el A B C de la estrategia revolucionaria en aquel momento. Argumentando así, el delegado de la Izquierda comunista en la Alianza obrera madrileña presentó un plan de huelgas de solidaridad escalonadas en las principales ciudades del país y limitadas a un plazo de 48 horas, lo que aseguraba de antemano el éxito. La huelga campesina se hubiese extendido de las regiones más avanzadas a las más retrasadas, abarcando 300, 400, 500 mil hombres. El Gobierno habría sido forzado a

dispersar sus fuerzas represivas en el campo y a concentrar una parte -- muy importante en las ciudades. Su capacidad de contención hubiese sufrido una importante disminución. Y los trabajadores de la tierra, resolidados por las ciudades, habrían elevado hasta el máximo la intensidad de su ofensiva. En las excelentes condiciones políticas de las masas, la solidaridad de la ciudad con el campo habría impedido, en el peor de los casos, que los huelguistas sufriesen una derrota grave. El agro debía sentirse acompañado por la fábrica. Pero los burócratas socialistas, aterrizados por la importancia y el carácter ofensivo del movimiento, se negaron rotundamente a hacer el menor gesto en apoyo de los huelguistas. Todos los razonamientos, todas las representaciones del peligro de aislamiento del proletariado y de reforzamiento de la reacción, encontraron oídos sordos en los representantes socialistas. Y en contra de ellos era difícil declarar la huelga. Se corría el riesgo de un fracaso también las ciudades, lo que hubiese aumentado las proporciones de la derrota. Como de costumbre, el voto del delegado de la izquierda comunista se sumó únicamente el voto sindicalista. Los trabajadores de la tierra sufrieron una derrota terrible; decenas de ellos cayeron muertos y miles lloraron con sus huesos en la cárcel. El campo en su totalidad se desgajó del movimiento revolucionario ascendente. Ninguna ayuda podía esperarse de él en el período inmediato, como se demostró palmariamente durante el movimiento de Octubre. No solamente se sintieron traicionados los campesinos; los propios obreros de la ciudad vieron como un precedente fatal la forma en que fueron abandonados aquellos.

De manera semejante, los socialistas propiciaron la derrota de otras huelgas obreras, principalmente la de Artes Gráficas de Madrid. Las varias huelgas generales políticas que con éxito completo se declararon en la capital entre los meses de marzo y octubre, lo fueron casi a despecho de los socialistas, que resistieron hasta el último momento las proposiciones de la izquierda comunista. Cuando, finalmente, se veían obligados a aceptar la declaración de huelga, lo hacían en su nombre, robando la iniciativa a la Alianza obrera, con el objeto de impedir que se convirtiese realmente en organismo dirigente y que las masas le consideraran como tal. Un robo semejante cometió la Comisión Administrativa de la U.G.T. con ocasión del magnífico movimiento de solidaridad con los huelguistas de Zaragoza, que les dió rápidamente el triunfo. También esa iniciativa fué presentada a la Alianza por el delegado de la izquierda comunista. Tras regateos por parte de los socialistas, fué aceptada. Pero al día siguiente apareció en "El Socialista" como propuesta privativa de la U.G.T. En toda esta miserable y desleal actitud, se veía la intención deliberada de reducir a ficción burocrática el frente único, cortar el desarrollo a los organismos de poder del proletariado y limitar el movimiento de masas a las conveniencias de los socialistas; es decir, a su vuelta a la colaboración gubernamental.

Octubre lo puso bien de manifiesto. El Partido socialista, y Largo Caballero personalmente, habían anunciado la insurrección si el presidente de la República daba acceso al gobierno a los representantes de Gil Robles. Esta condicionalidad prueba cuan lejos estaban sus patrocinadores de un verdadero criterio revolucionario y de pensar firmemente en la insurrección. Como lo había anunciado en la Alianza el representante de la izquierda comunista, la derrota de los campesinos envalentonó a la reacción, la convenció aun mas de la impotencia revolucionaria de los socialistas y marcó una evolución del poder a la derecha. Retirada la marioneta Samper, Alcalá Zamora llamó nuevamente a Lerroux, introduciendo en su gobierno al propio Gil Robles y otros cedistas. La noticia se

conoció en la tarde del día 4 de Octubre. Según la solemne promesa socialista, la entrada de los reaccionarios en el gobierno significaba, automáticamente, la insurrección. Tanto la masa proletaria de Madrid como de todas las ciudades importantes del país, creyó firmemente que se trataba de lucha armada. Las huelgas políticas anteriores habían mantenido un gran espíritu de lucha y confianza en la victoria. Al conocerse la composición del nuevo gobierno, la huelga general se produjo espontáneamente. Cayendo el día, varias decenas de millares de trabajadores invadían las calles de Madrid esperando la señal del combate, decididos a batirse y morir, confiando en que se les distribuiría un mínimo de armas indispensables para lanzarse al ataque de los cuarteles, de correos, telégrafos, ministerios y demás centros vitales. El gobierno mismo se sintió aterrado y paralizado por la inmensa masa que invadía las calles. Los guardias de asalto y civiles, armados incluso de ametralladoras, pasaban junto a los grupos obreros sin atreverse a disolverlos ni a registrarlos siquiera. Los suponían armados y no osaban hostilizarlos. En realidad los obreros no disponían sino de escasas pistolas viejas, punto menos que inasequibles. El Partido socialista, que meses antes había alborotado mas y mejor en torno a las armas, no distribuyó sino muy pocas pistolas y fusiles a pequeños grupos que nada serio podían intentar con ellas. Los grupos, o mejor dicho, los individuos así armados, se limitaron a hostilizar a la fuerza pública, a "paquear" diseminados por los tejados, lejos de toda intención ofensiva o insurreccional. Ya estaba bastante avanzada la noche cuando se conoció la decisión del Partido socialista. Sus olímpicas balandronadas y promesas conspirativas se redujeron a esta orden: Huelga general pacífica... hasta que el presidente de la República rectifique y haga dimitir al gobierno. Pero esta vez el Partido socialista daba la orden en nombre de la Alianza obrera: Al fin se descubría lo que los socialistas entendían por Alianza obrera: un parapeto sobre el que descargar responsabilidades jurídicas si acaso se iba mas allá de la oposición política permitida por las leyes burguesas. Pero la Alianza de Madrid no se reunió ni una sola vez durante las nueve jornadas de Octubre. A las reuniones convocadas acudió, solo, el representante de la Izquierda comunista (trotskista).

Lanzadas a la calle en espera de acciones decisivas, las masas obreras no daban crédito a lo que veían y oían. Nada ocurrió, salvo tiros sin importancia, durante la noche. Grupos de varios miles de obreros, totalmente desarmados, habían intentado asaltar algunos cuarteles. Las ametralladoras les dispersaron rápidamente. Al día siguiente las masas volvieron a inundar las calles, buscando noticias, esperando aun armas y órdenes de lucha, pensando, para no considerarse todavía traicionadas, que la orden del día anterior y la falta de acción eran un ardid de guerra de los que tanto se vanagloriaban los socialistas. La actitud de la fuerza pública les hizo caer pronto de su error. Debilidades y temores de la víspera habían desaparecido. Las fuerzas gubernamentales se mostraban insolentes, brutales, agresivas. El gobierno se sentía mas firme, estaba ya seguro de dominar la situación en Madrid. Las amenazas y conspiraciones socialistas se terminaban, en fin de cuentas, con una deserción vergonzosa, en medio de condiciones excelentes para presentar al Gobierno batalla en toda regla. No le faltaban al Partido socialista las armas mínimas indispensables; sobraba asistencia de masas. Con todo ello no supo ni quiso hacer mas que una prolongada huelga de nueve días, alborotada con un paqueo estéril que recomenzaba todas las tardes. El misterioso plan conspirativo que debía dar el triunfo, el que tanto utilizaron para contener el movimiento revolucionario en los meses anteriores e impedir su desarrollo dialéctico, no apareció por ninguna parte.

Ni podía aparecer, porque no existía. Lo único conspirativo en toda la tramoya de la radicalización socialista era su pánico ante la eventualidad de tener que poner por obra las palabras. Esta conspiración si que apareció en Octubre claramente y por todas partes.

En Cataluña, el Gobierno de la Generalidad, que se había aventurado a declarar la soñada República catalana, capitulaba rápidamente ante las tropas gubernamentales, sin tratar de movilizar sus importantes recursos. La "resistencia simbólica" se satisfizo con cuatro cañonazos y bandera blanca. Ni siquiera se dió a los soldados, una vez fuera de los cuarteles, la oportunidad de volver sus armas contra el Gobierno, en lo que había muchas posibilidades de éxito. La Alianza obrera local, fundamentalmente dirigida por un antepasado del P.O.U.M., el Bloque Obrero y Campesino, había sido incapaz de practicar una política que obligara a los anarquistas a aceptar el frente único. Utilizó la Alianza para atraérsela y vencer su contra la C.N.T., en lugar de emplearla para atráersela y vencer su apoliticismo. El resultado fué la desorganización y división del proletariado catalán. Imitando desde otro plano a la Generalidad, la Alianza catalana se limitó a organizar una manifestación de petición simbólica de armas a la Generalidad, y viendo que no se las daban, se disolvió y dejó por terminada su acción. Era criterio de los dirigentes de la Alianza que nada podía intentarse sin la Generalidad, es decir, sin la burguesía catalana. En esta idea estaba, de antemano, contenida la derrota.

Sólo en Asturias tomó el movimiento de Octubre un verdadero carácter insurreccional. ¿ Por iniciativa del Partido socialista, o porque las condiciones particulares de la región permitieron a los mineros pasar a la acción antes de que los altos dirigentes pudieran contrarrestarla? --- Estoy firmemente convencido de lo segundo. En el libro a que me he referido creo demostrarlo detalladamente. En los límites de este artículo puedo únicamente citar los hechos mas salientes que me persuaden en tal sentido:

1 - Los mineros disponían de algunas armas y de abundante dinamita tomada en las propias minas. Sabían manejarla perfectamente como arma de guerra.

2 - Los dirigentes bajos y medios del socialismo asturiano, directamente en contacto con los mineros y mineros ellos mismos las mas de las veces, eran de los mas revolucionarios en todo el Partido socialista español. Estos hombres tonaban la radicalización y la marcha a la dictadura del proletariado, en serio y no como maniobra política.

3 - El movimiento insurreccional comenzó en Asturias precisamente en la periferia, donde la decisión pertenecía a los dirigentes bajos y medios. Mientras que en la capital de la provincia, en Oviedo, sede del Comité Regional, se produjo, como en Madrid, sólo una huelga general. Fueron los mineros quienes, concentrándose en torno a Oviedo, la tomaron por asalto.

4 - Finalmente, el carácter no insurreccional del movimiento en Madrid y el resto de España, obliga a creer que lo de Asturias se produjo contra la voluntad de la alta dirección socialista, tanto nacional como regional. No es concebible que se diera una orden de insurrección para Asturias y otra de huelga pacífica para el resto del país. Y, repitámoslo, quienes hayan vivido las jornadas de Octubre en Madrid no pueden negar de buena fe que no existieran posibilidades de insurrección y de triunfo de la misma.

No hubo insurrección porque la dirección del movimiento no lo quiso, porque desertó de las masas en el momento requerido. La insurrección de Asturias fué, con toda seguridad, una sorpresa para los propios dirigentes socialistas. Los mineros se les desmandaron sobre los cuarteles de al conocer la orden de huelga general se lanzaron sobre los cuarteles de la guardia civil y los tomaron casi todos. Los burócratas socialistas -- asturianos, los Belarmino Tomás, etc., tenían que aceptar el hecho consumado. ¿ No estaban los mineros allí, frente a ellos, cercando Oviedo ?

La Alianza obrera asturiana, a pesar de ser la mejor constituida, por la participación de los anarquistas, mostró también su inadaptación como organismo de poder obrero e incluso como centro director insurreccional. En el transcurso de la lucha, la primitiva Alianza, que junto con otros muchos comités se dió a la fuga, tuvo que ser substituida por otra. El modo de representación era mas democrático y los representantes mucho mas cerca de la masa que los bonzos socialistas que constituían la anterior. Las necesidades de la lucha indicaban el sentido en que tenían que ser reformadas las Alianzas. Tal cual los socialistas se esforzaban en conservarlas eran horribles nudos burocráticos que paralizaban la iniciativa de las masas, en lugar de darle curso organizado. Pero todo esto es materia que no puedo tratar aquí con la extensión debida.

Sólo a título de homenaje es necesario recordar la tenaz y heroica resistencia que ofreció el proletariado astur a los hordas gubernamentales, las bárbaras torturas y los asesinatos a que fué sometido por Lerroux-Gil Robles. Su gesta insuperable, aunque aislada y traicionada por los altos dirigentes socialistas, no fué inútil. Todas las masas oprimidas de España se sintieron dignamente representadas por el proletariado asturiano. En su lucha vieron lo que a ellas se les impidió hacer. La reacción triunfó, pero nó gratuitamente y su triunfo fué incompleto, incierto. El ejemplo y el recuerdo de la insurrección asturiana propició una pronta recuperación de las masas, que condujo, en 1936, al triunfo electoral de febrero y a la derrota de los militares en Julio. En 1934 sólo Asturias se les desmandó a los dirigentes pequeño-burgueses; en 1936 se les desmandaba toda España. Los hombres de Asturias abrieron el camino al formidable alzamiento proletario que produjo la guerra civil. Y la guerra civil, a pesar de la hez burguesa del Frente popular y sus secuaces, es una de las mayores glorias del proletariado mundial.

Lo mas característico del proceso de la revolución española, es la rapidez con que el proletariado y los campesinos se recuperaban de una derrota para lanzarse a otra ofensiva revolucionaria aun mas vasta y profunda que la anterior. Con una tenacidad solo igual a la tenacidad revolucionaria de las masas, las direcciones obreras han lleva inevitablemente a la derrota, una tras otra, las ofensivas revolucionarias. La propulsada por la radicalización socialista pudo cubrir el objetivo de rechazar a la reacción, disolver su parlamento y dar acceso a una situación de dualidad de poderes, en dos ocasiones; durante la huelga campesina y en Octubre mismo. De haberse propuesto los socialistas hacer la revolución de hecho y no en palabras, tampoco hubiese sido imposible. Su intención era muy diferente : se limitaba a obligar al presidente de la República a convocar elecciones para que la coalición republicano-socialista recobrase nuevamente el poder. Pero tampoco por esto supieron luchar con decisión. Creyerán que las amenazas bastarian. Únicamente ellos, en última instancia, resultaron asustados de sus propias amenazas.

Dados los objetivos colaboracionistas del socialismo, que controlaba
en los que sustentan la revolución, el triunfo de esta era imposible
en octubre. Pero si los socialistas se hubiesen decidido a dar la bata-
lla a la reacción, con toda probabilidad el gobierno habría sido derroca-
do. Aunque los campesinos, traicionados desde julio, estaban imposibi-
litados de dar al movimiento ningún apoyo, en las ciudades era lo sufi-
cientemente fuerte para lograr el objetivo mínimo de rechazar a la reac-
ción. Y alcanzando este objetivo, hasta su triunfo. Rechaza-
ría haberse encontrado y relativamente fácil, hasta su triunfo. Rechaza-
ría. Aproximadamente la de julio de 1936, pero sin la dominación mili-
taria. En una parte del territorio. Probablemente se hubiese constituido
un gobierno presidido por un socialista. La nueva cámara habría arrojado
do inestablemente una abrumadora mayoría obrera. El movimiento revolucio-
nario en su conjunto hubiese sido poderosamente lanzado hacia adelante.
Arguís y stalinistas habrían sido obligados a salir de su sis-
tema e incorporarse al frente único. Las Alianzas obreras hubiesen
podido evolucionar, democratizándose y adquiriendo las características
de auténticos organismos de poder revolucionario. Del propio partido --
socialista, cuya base, principalmente la joven, había tomado en serio lo
de la dictadura del proletariado, se habría separado, con toda seguridad,
una rama hacia las posiciones bolcheviques de la izquierda comu-
nista, con la que simpatizaba públicamente y con ella la po-
deres habría hecho acto de presencia inmediatamente y con ella la po-
del proletariado. Los jefes socialistas se hubiesen encontrado insegu-
ramente en la extrema derecha del movimiento obrero. Es imposible asegu-
rar que esta manera el triunfo de la revolución nunca hay nada seguro ni garan-
tada absolutamente. En materia de revolución demuestra que todas las re-
voluciones dependen en general de la existencia o inexistencia de un par-
tido revolucionario. Por aquel entonces habrían permitido alcanzar su
ideología revolucionaria y consolidar su influencia. La derrota de Octu-
bre contribuyó poderosamente a desorientarlos (me refiero a la izquierda
de comunista) y hacerles caer en errores que les perdieron como factor
de triunfo que una revolución puede conseguir.

En todo caso, la mejor garantía de triunfo que una revolución puede
tener, es la lucha, bien preparada, conscientemente calculada, pero la
que mas ausente estuvo de la dirección socialista. Tomó las consecuencias
de las revoluciones de una derrota de la reacción de la reacción. --
desertando en el momento culminante. La dirección socialista impuso al
proletariado y los campesinos españoles (los generales), y sacrificios (la
guerra civil) que mejorados por la misma gente, ya engrasada con el sta-
linismo, resultaron finalmente, es la siguiente: mientras las masas,
en las ofensivas sucesivas de 1931 a mayo de 1937, se muestran cada vez
más radicales, cada vez mas corca de instaurar la dictadura del proleta-
rio. Los dirigidos se muestran como sistema. Esa oposición crecen-
te entre las masas y los dirigentes, sin exclusión de ninguna de las or-
ganizaciones importantes, da por coadyuvante la contrarrevolución franquista.

ra
er
de
ce
ha
ki
Pa

S
E
Y

LAS JUVENTUDES SOCIALISTAS Y LAS JORNADAS DE OCTUBRE DE 1934

Por Joan SEN

Octubre -arma de dos filos para el socialismo colaboracionista-, fué un recurso al que acudieron las direcciones reformistas españolas, forzadas por la provocación de la reacción burguesa, presionadas por las masas y en virtud de la política que en su seno realizaban los núcleos de izquierda. Fué la primera escuela de insurrección en la que participó la clase trabajadora contemporánea. El movimiento falto de preparación, puede decirse improvisado, sin dirección política capaz o dirigido por la pequeña burguesía como en Cataluña; circunscrito al proletariado industrial -los campesinos, derrotados en la huelga campesina del mismo año no secundaron el movimiento-, limitado en la mayor parte del territorio a una huelga general pacífica, fué vencido. La lección dejó enseñanzas que por olvidadas muy pronto, permitieron abundar en errores, pago a los cuales fué en parte la derrota del proletariado en la guerra civil.

Pero Octubre, pese la derrota y lo desaprovechado de sus enseñanzas, tiene en sí un valor positivo tal, que permite asegurar que gracias a él, la clase trabajadora española, obligó al fascismo a conquistar el poder en lucha armada. Evitando así, una cobarde capitulación, que hubiese propiciado una hegemonía y una influencia considerable del fascismo sobre el pueblo, como en el caso alemán.

Octubre, ^{en} cuanto a producto generado por la presión de las masas en general y en particular, del ala izquierda socialista, tiene un gran significado, pues determina con claridad meridiana, como el proletariado, una vez perdidas todas sus ilusiones democráticas, busca la solución de sus problemas a través de la insurrección, única que triunfante, le permite desde el poder abolir el actual sistema de privilegios social-económicos y políticos.

La presión de las masas para adoptar una actitud violenta se debió sobre todo, a tres años de política reformista, de colaboración con la burguesía republicana, desarrollada por el Partido Socialista. Años a través de los cuales se acreditó ante los ojos de todos -aun de los menos impacientes-, por un lado la incapacidad de la pequeña burguesía para resolver los problemas que España tenía planteados y, por otro, como la intervención de los partidos obreros con los gobiernos burgueses no hace sino defender y apuntalar el sistema capitalista.

Los primeros gobiernos de la República, en los que colaboró el Partido Socialista, sirviendo los intereses económicos de la reacción española, coaccionando la expresión y normando los deseos proletarios, tuvieron la virtud de producir un fermento de descontento entre la masa organizada de la clase trabajadora. Este descontento tuvo su expresión en diferentes luchas de carácter social que radicalizaron los procedimientos poniendo a la orden del día la necesidad de una política revolucionaria que permitiese al proletariado asaltar el poder político.

Por su parte, esta radicalización de las masas, produjo un doble fenómeno en las filas del socialismo español. De un lado, los reformistas tradicionales -no hay que olvidar que ni en el periodo de la dictadura dejaron de serlo-, temerosos de perder el control sobre la clase

obrera y, al mismo tiempo, pretendiendo atemorizar al sector burgués que no reconocía sus méritos de colaboración u oposición parlamentaria, adoptaron un exterior radicalizante. ¡Hasta Prieto se permitió amenazar con la revolución! De otro, las Juventudes Socialistas, iniciaron un movimiento hacia la izquierda, que en aparente desacuerdo con el reformismo, buscaba la posición revolucionaria justa con la que apoyar la marcha del proletariado hacia el poder. No solamente fué un movimiento teórico, sino que a él se debe también, el mayor esfuerzo realizado en la lucha social española de 1933 a 1936.

El propósito no podía ser mejor. 1933 se presentaba en España como un año crucial en las contradicciones de clase. Las pequeñas conquistas que la clase trabajadora logró arrancar en los tres primeros años de la República empezaban a ser liquidadas. Las leyes de excepción caían de pleno sobre los obreros. El paro y el hambre hacían estragos en la ciudad y el campo. La exasperación cundía y las jornadas de violencia se sucedían una tras otra. Las masas reclamaban la lucha. Del exterior, las advertencias no escaseaban. Hitler había conquistado el poder en Alemania, supándose sobre los errores y traiciones del stalinismo y de la social-democracia. En Austria, la ofensiva reaccionaria, aconsejaba al partido socialista austriaco un cambio de conducta. En Francia y Bélgica, el mismo hecho, determinaba el fortalecimiento de las fracciones de izquierda. En toda Europa, dentro de los partidos de la II Internacional, núcleos más o menos numerosos se pronunciaban por una revisión del reformismo, por la radicalización, por el empleo de métodos revolucionarios.

No es extraño, que ante tal abundancia de condiciones objetivas, los jóvenes obreros socialistas, lógicamente por ser jóvenes, por tener menos intereses creados, por sufrir con más agudeza la explotación del régimen capitalista -leyes de excepción, paro, jornales de miseria, etc.-, por escapar a la tradición sentimental y conservadora del Partido y por ser más receptivos a la percepción de la injusticia social, fueran los primeros y más decididos en la social-democracia española, en iniciar el desacuerdo con la política reformista y, recogiendo el descontento de los obreros y campesinos pertenecientes al P.S.O.E. y a la U.G.T., se pronunciasen por una política de objetivos y métodos revolucionarios.

El movimiento de radicalización de las Juventudes Socialistas, respondía a una necesidad de la base. Los jóvenes obreros, para los que la República no brindaba otras perspectivas que la Monarquía: pero, con la consecuente imposibilidad de adquirir una formación profesional; trabajo para escaso porcentaje, con salarios de hambre, que los impedía la mínima independencia; acceso cerrado a la enseñanza secundaria y superior -que permanecía siendo un privilegio de las clases altas-, etc., vivieron los primeros años del régimen comprobando como el partido obrero marcadamente realizaba una política, que en vez de tender a derrocar el estamento entonces presente de cosas, contribuía aún más a su afirmación. En el panorama político obrero nacional no había ninguna otra fuerza -la izquierda Comunista reducía su labor a un trabajo casi exclusivamente teórico-, que pudiera recoger las inquietudes de la juventud obrera. El stalinismo, en su periodo de aventurerismo ultraizquierdista, no cesaba de apostrofar a los socialistas, dedicándoles con asiduidad diaria el epíteto de "socialfascistas". Con su "slogan" de "frente único por la base", descubrían su política simplista de absorción, que sin conseguir atraer a sus filas a los obreros socialistas, por el contrario, lograba a las mil maravillas despertar recelos, que eran bien aprovechados por los líderes del reformismo. A más, su falta de política justamente revolucio-

narie, a cambio de una plena de impresiones para la realidad objetiva española; sus saltos bruscos de "todo el poder a los soviets" a "revolución democrática" a secas, balanceo a que obligaba el inspirarse en la adversión de Stalin a la teoría bolchevique-leninista-trotskista de la revolución permanente, los negaba toda fuerza de atracción sobre los militantes socialistas radicalizados.

El anarquismo, empujando en su apolitismo, soñando en la imposición de su sistema libertario, no se sabe por que arte de magia, se desligaba, por sus métodos y doctrinas, de toda acción de masas y, los militantes socialistas, máxime los procedentes de la escuela reformista, no sentían ninguna tentación por engrosar un movimiento, cuyo verdadero objetivo positivo se les presentaba utópico y en cuya realización, los máximos exponentes de la doctrina, fiaban más a la audacia de unas pisotales, que al esfuerzo conjunto y decidido de la clase trabajadora.

Y E S
Teniendo en cuenta la situación expuesta, la radicalización de las Juventudes Socialistas, tendía a mantenerse dentro de la estructura orgánica del movimiento socialdemócrata, a lo que también contribuía el verbalismo revolucionario con que se adornaban algunas personalidades del partido, con el doble fin ya señalado, de mantener el control sobre las masas y de asustar a la burguesía, para cambiar, tan pronto como fuera posible, la amenaza por una nueva colaboración. Pero, si a esta situación particular en que se encontraba el movimiento obrero -producto de las condiciones de su desarrollo-, sumamos la situación social que se daba en España, los resultados de las experiencias históricas de los últimos años, las advertencias que llegaban del exterior y el conocimiento del "alcance revolucionario" que podían lograr los partidos de la II Internacional, llegamos a la conclusión de que el movimiento de radicalización de las Juventudes, si realmente quería servir los intereses del proletariado, no tenía otra salida que romper con el pasado y presente socialdemócrata, estructurar un programa político marxista revolucionario, basado en la lucha de clases, en la toma del poder y en la dictadura del proletariado, pasando a crear el Partido revolucionario, instrumento sin el cual no pueden de ningún modo los trabajadores vencer a sus enemigos de clase. Se producía esto, o de lo contrario todo terminaría mal. O actitud revolucionaria consecuente, que garantizase las condiciones subjetivas del éxito, o actitud reformista o neoreformista con seguridad de derrota.

¿Qué sucedió?

La falta de un convencimiento revolucionario y por lo tanto de una firmeza ideológica que permitiese responderse, adonde se iba y por qué camino, dió como resultado, que a la par que se pregonaba la revolución no se hiciera nada por prepararla. Los procedimientos de la escuela reformista siguieron siendo los preferidos por la dirección de las Juventudes.

No existía el Partido de la revolución y menos aún el interés de crearlo. Las dudas teóricas provocaban una indecisión práctica, cuyo resultado era la inoperancia para dirigir la clase trabajadora en la doble tarea que tenía planteada: la derrota de la amenaza de reaccionaria y el asalto al poder. En su indecisión, los dirigentes no podían por menos que inclinarse, cuando la presión de la base les obligaba a la sinceridad, a reconocer que la única salida era la de adoptar la plataforma re-

volucionaria leninista, que teóricamente defendía la Izquierda Comunista. Por aquél entonces, los jóvenes de la dirección juvenil, al estimar su falta de capacidad o su indecisión, abundaban desde el somenario "renovación" en solicitar de los militantes trotskistas su ingreso en las Juventudes para ayudar en la tarea de organizar la radicalización. Hay que reconocer, que estos llamamientos fueron estériles por culpa de la Izquierda Comunista, que estimando erróneamente el lugar y las posibilidades de su trabajo, siguió en principio manteniéndose aislada y acabo finalmente por fusionarse con el B.O. y C. (Bloque Obrero y Campesino), Partido centrista cuya política estuvo siempre inspirada en originales concepciones de nuestras "peculiaridades nacionales".

Los conflictos que se produjeron en Madrid durante el transcurso del año 1934, permitían sospechar los resultados fundamentales de un movimiento mas amplio. Vanas fueron las advertencias. Los gestos y los verbalismos revolucionarios que no son apoyados por una organización consciente del trabajo insurreccional, no pueden conducir mas que a la derrota y, la organización insurreccional, no es obra de quienes no creen en el posible triunfo de la revolución proletaria.

En estas condiciones, las Juventudes Socialistas desembocaron en la revolución de Octubre. Sin organización y sin objetivos, a más de sorprendidas y forzadas. Ni ellas ni el ala izquierda del Partido Socialista sabían porque había que luchar y qué era lo que había que conseguir. La provocación reaccionaria y el impulso revolucionario de las masas los habían colocado en el dilema desencadenar el movimiento. Toda idea de método, coordinación y finalidad, estaba ausente. En Asturias, no por la influencia del ala izquierda del Partido y de las Juventudes Socialistas, sino en virtud de que con anterioridad el proletariado asturiano había suplido la falta del instrumento de lucha revolucionaria, por medio de la Alianza Obrera -organismo de lucha y de poder de la clase trabajadora-, el movimiento fué francamente insurreccional y la victoria completa, entrañando no sólo la derrota del enemigo de clase, sino a la vez, la transformación social con la instaureción del socialismo en las zonas conquistadas. En Cataluña, por el contrario, se dejó la dirección del movimiento en manos de la pequeña burguesía catalana, so pretexto de que sus contradicciones con la burguesía centralista del resto de la península, haría de ella un factor revolucionario capaz de dirigir y llevar la lucha a feliz término. El resultado no se hizo esperar mas de 48 horas. Los hombres de la Generalitat, cuando tuvieron consciencia de que la continuación del movimiento determinaría la hegemonía y el triunfo de la clase obrera, de la revolución socialista, no dudaron en dendirse a peso que tenían diez mil hombres armados-, a quinientos soldados que les enfrentaba su "enemiga", la burguesía centralista sojuzgadora.

Madrid, cuyo espíritu de lucha se había manifestado ampliamente en jornadas anteriores, desarrolló su movimiento bajo la consigna estupidamente confusa y contrarrevolucionaria de "huelga general pacífica", que dado el Partido Socialista y que mantenía las Juventudes, con el propósito de obligar al Presidente de la República a retirar su confianza al gobierno Lerroux-Gil Robles. Y, pese al heroico sacrificio de militantes socialistas y de otras organizaciones, la huelga fué languideciendo durante siete días, sin conseguir ninguna conquista sobre el Estado burgués y, sin que como al menos debía de haber sucedido por solidaridad con los trabajadores asturianos, restase fuerzas represivas al gobierno, para permitir así apuntalar sus conquistas al norte minero.

Este primer fracaso práctico, al que se llegó por la inconsistencia política y la falta de organización insurreccional del ala izquierda del Partido y de las Juventudes Socialistas, determinó el posterior desarrollo de la política de radicalización. Sin romper decididamente y con todas sus consecuencias con el colaboracionismo reformista, se había jugado -sin organizarla y sin tener confianza en su éxito-, a la insurrección, perdiendo. El ciclo se cerraba sobre sí mismo.

En el transcurso de Octubre de 1934 a Julio de 1936, se fue abandonando todo deseo de lucha revolucionaria y volvió a intervenir en los cálculos la nefasta estrategia de la colaboración de clases. El Frente popular, modalidad stalinista del más podrido reformismo, fue tomado como la panacea salvadora. De nuevo, la clase trabajadora era obligada a reducir o deponer sus aspiraciones, en interés del pariente burgués de la coalición. ¡Prohibido asustar a la burguesía!, a esa buena burguesía que integra el Frente popular, no en beneficio de una política democrática auténtica, sino en interés propio, para mejor desarmar a la clase trabajadora. Moscú y sus satélites, desalojaban de sus puestos a los "socialfascistas"...para ocuparlos ellos.

La dirección juvenil vió el cielo abierto. Bajo la etiqueta stalinista se les ofrecía el manjar reformista del que su paladar jamás se acostumbró. No hubo dudas: mordieron. Carrillo y Melchor, los dos pretendidos marxistas revolucionarios, que en su tiempo hablaron de la necesidad de un nuevo Partido y de una nueva Internacional inspirados en los principios del marxismo-leninismo, fueron a hacer la digestión del primer bocado a Moscú. Su regreso, en plena asimilación de nuevos mandatos reformistas, servidos por los cocineros del Kremlin, marca la liquidación definitiva de toda veleidad revolucionaria. El papel jugado durante la guerra por las Juventudes Socialistas Unificadas, uno de los secretos del viaje de los señores antes citados, es el mejor comentario. Octubre, 1943.-

¡POR UN NUEVO OCTÚBRE ROJO!

¡POR UN 19 DE JULIO QUE DE EL PODER AL PROLETARIADO!

¡VIVA LA IV INTERNACIONAL, PARTIDO MUNDIAL

DE LA REVOLUCION SOCIALISTA!

Y
E
S

Pa
ki
ha
ce
de
er
ra